

LAS LOBAS DEL OTOÑO

Caliope



J. L. FLORES



Caliope

LAS LOBAS DEL OTOÑO

J. L. FLORES



Calíope: Las lobas del otoño

© José Luis Flores

© Loba Ediciones Ltda.

Nueva Tajamar 481, Oficina 1403, Torre Sur

Las Condes, Santiago de Chile.

Teléfono: (56 2)32109829

www.lobaediciones.cl

Diseño y diagramación: Carolina E. Varela

Ilustraciones: Ángela González

Registro de propiedad intelectual: 310.147

ISBN edición impresa: 978-956-7388-11-0

ISBN edición digital: 978-956-7388-16-5

Primera edición: diciembre 2019

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Podemos perdonar
fácilmente a un niño que
teme a la oscuridad; pero la
real tragedia de la vida es
cuando los adultos temen a
la luz.

Platón

Índice

Ustedes y nosotros

Primera parte

Segunda parte

Ustedes y nosotros

Sobre la tierra siempre han vivido dos especies muy parecidas: ustedes y nosotros. Humanos y subterráneos. Similares y distintos, como lo puede ser un mismo paisaje durante el día y la noche. No te sorprendas, ustedes siempre han sabido de nosotros. Han intentado clasificarnos, meternos en sus viejos grimorios, pero siempre ignorando nuestra verdadera naturaleza. Nos han llamado de muchas maneras, algunas veces denostándonos, otras alabándonos como dioses. Nos han llamado «hadas», «desviantes» y «engendros». En algunas ocasiones trabajamos con los humanos, como en Persia, donde fuimos llamados «Peri» y asistíamos en los templos.

Pero hoy, al igual que cientos de pueblos aborígenes, perdimos nuestro mundo. Nuestros pequeños principados fueron absorbidos por la razón del hombre y el frío del acero. Avalón, Tule, Agartha... todos esos nombres que hoy te suenan a fantasía, a mí me suenan a historia. Como fuese, dijimos adiós a los viejos títulos, nos transformamos en refugiados, aliados de algunos gobiernos, enemigos de otros.

Este no es un mundo de blanco y negro. Los buenos y los malos se confunden, formando un nuevo gris. Somos menos

que los humanos, pero aun así somos muchos. Ni siquiera yo tengo claro cuántos. Por eso se creó una institución compuesta por ambas razas y apoyada por la ONU. La llamaron Agencia de Nunca Jamás. La cosa era clara: si queríamos colaborar e integrarnos, pues tendríamos que seguir ciertas reglas, como no comernos al vecino.

A pesar del nombre alegórico a Peter Pan, la organización es un asunto muy serio. Controla cadenas de tiendas, estudios cinematográficos, ligas deportivas y hasta tiene su propio banco. Ha hecho parques recreativos donde aquellas hadas que no pueden trabajar en el mundo real pueden ser productivas o algo así.

Por supuesto, esto de convivir con humanos es complejo. Por eso los viejos carcamales siguen las tradiciones que heredaron de sus ancestros. Esos grises y gruñones se rigen por el Consejo en las Sombras, el que busca preservar nuestras costumbres, pero que ha perdido bastante peso por estos días.

No todo es tan malo. Para alegrarles la vida y resolver sus problemas estoy yo: Calíope. Soy algo así como la única agente buena de Nunca Jamás. El mío es un negocio difícil. La ciudad está llena de ciudadanos diversos, migrantes desplazados de sus lugares de origen. Latinos, árabes o coreanos... la puerta no está cerrada para nadie. Es que el mundo da vueltas y en cada una de ellas se cae una persona. Yo debo recogerlas, aliviarlas y darles justicia.

Me gusta pensar que soy la *sheriff* de un viejo pueblo del oeste, pero, claro, mi apariencia es mucho más práctica que heroica. Me oculto detrás de un impermeable viejo de mi padre, así disimulo mi contextura, más bien pequeña. Además, están las cadenas, las cuales fueron regalo de alguien muy viejo. Las hicieron para blindar al desposeído, pero yo les doy un mejor uso. ¿Conocen al Hombre Araña? Pues yo soy algo así como una versión más coqueta de él.

Pero si todo lo anterior falla, llevo un bastón forjado en acero artúrico, el que uso para contrarrestar el que mi

pierna derecha es casi en su totalidad una prótesis de bronce. Lo lindo, claro, es que brilla en las noches de luna llena. Estoy pensando en que me puedo arrendar para fiestas y cumpleaños.

Suficiente con las presentaciones. ¿Entras o no?

PRIMERA PARTE



¿Quién le teme al lobo feroz?

I

El verano debería estar muriendo, pero el sol se resiste a perder su dominio. Solía odiar marzo, era la época en que se acababan las vacaciones y volvíamos al colegio. Son las dos y cuarto de la mañana, pero se siente como si fueran las tres de la tarde. El termómetro sigue pegado en veintinueve grados.

A pesar de que es miércoles, la calle aún está poblada. El calor nos transforma en animales nocturnos. Camino como una más. Nadie me nota, salvo por un par de chicas que se dan vuelta a mirarme. «No eres tú, es el glamur», me digo. Los humanos suelen prendarse de esta especie de magia hereditaria que llevamos. Esto es especialmente verdad entre los solitarios, los sensibles y los locos: mi tipo de gente. Pero estoy trabajando, el placer debe esperar.

Me escondo entre los delgados callejones del centro. Me abro paso entre parejas clandestinas, mercaderes de rarezas y traficantes de locura. Estoy buscando a un cliente. Bueno, era mi cliente en mis tiempos como independiente. Hoy vengo por un asunto de la agencia.

La pulga blanca es un bar escondido. Su clientela es exclusivamente subterránea, aunque cada cierto tiempo algún humano infeliz cruza sus puertas buscando el objeto de su obsesión.

El lugar hiede a trago añejo y varios perfumes que no logro identificar. Un bailarín se mueve grácilmente sobre un pequeño escenario. Tras él y en las sombras se encuentra un diminuto pianista que toca algo parecido a un *blues*. Las luces caen sobre mí y los clientes por igual, tiñéndonos de azules y medios tonos.

Marlón Braukos, el propietario, fue quien me llamó. Es un deimos, un ser con el cual hay que tener cuidado. En la mitología griega, Deimos es el hijo de Ares y Afrodita y el hermano de Fobos. La personificación de la turbación y el terror. Lo cierto es que es bien poco probable que los ancestros de Marlón sean tan nobles, pero sus poderes son muy reales. Su aura espanta y pone los pelos de punta. Mi padre decía que nunca hay que mirar a los deimos a los ojos, porque son capaces de implantarte pesadillas, lo que es una soberana lata, pues los sueños son la conexión de los subterráneos con la antigua tierra de la que venimos. Las pesadillas para nosotros son algo así como el taco de las siete de la tarde o el tapón en la bañera. No nos dejan fluir.

El hombre en cuestión es mayor, debe bordear los setenta años. Al quitar su disfraz de humano, revela que su piel está ajada y gris. Sus ojos están hundidos tras un cráneo grande, de apariencia rocosa. El resto de su cuerpo está bastante bien mantenido, de manera muy griega. Podría ser la envidia de muchos modelos y fisiculturistas.

Lo miro y no puedo contener mi bocota:

—¿Qué usas? ¿Esteroides?

El anciano me mira con cierta simpatía. La pregunta está fuera de lugar, pero estoy adulándolo y estos viejos dioses aman un poco de dulzura en su vida.

—Sólo ejercicio —dice sin darle más importancia—, pero no has venido a comparar bíceps, *mediasangre*.

Ese es otro problema con los viejos: no se adaptan a los nuevos tiempos ni a la nueva gente. Soy una mediasangre, mitad humana y mitad trol, es verdad, pero también soy ciento por ciento eficiente, así que me marcharé ante cualquier otro chistecito de la vieja guardia.

—No —digo con seriedad—, vine porque se reportó una desaparición, pero no de manera oficial, ¿estoy equivocada?

Él meneas su cabezota para negar mi punto. Mira hacia varias direcciones y, cuando está seguro de que nadie lo ve, saca una pequeña foto. Es una polaroid y en ella está plasmada la imagen de una dama de apariencia bastante humana. Vaya, para aparentar ser un viejo conservador, tiene gustos muy de la nueva era. La mujer parece tener casi cincuenta años, quizás algo más. Su pelo está teñido de rojo oscuro, pero puedo adivinar que era castaño natural. Su rostro tiene surcos, de alegría y también de los otros.

—Su nombre es Marianela.

—No es una de nosotros —digo sin despegar la vista del retrato—, pero supongo que sí sabía lo que era.

Puedo ver el dolor y la vergüenza en su rostro. Muy a su pesar, él le contó la verdad.

—Uno no elige a quién amar —dice algo derrotado—. Era una cliente frecuente. En un comienzo venía con un grupo de amigas, ondinas en su mayoría, pero luego comenzó a venir sola. Nos conocimos y una cosa llevó a la otra.

—Y un día dejó de venir.

Vuelve a darme la razón. Entiendo, no necesito que me explique más. La mujer no está en su hogar, sus amigas no saben nada. No están mintiendo, porque el viejo usó sus poderes con ellas y no obtuvo mucho más de lo que ya sabía. El reverso de la foto tiene la dirección de la mujer,

misma que anoto en mi propia libreta, en el viejo idioma de mi padre. No será un caso complejo, puedo hacerlo.

El anciano cara de muro se sirve un vaso de gin con agua sin ofrecermelo nada, pero no se lo lleva a la boca. En vez de eso, sigue hablando.

—Los humanos no entenderían, me llenarían de preguntas que no puedo ni quiero responder.

Quiero decirle que no puedo ayudarlo, que no me compete. Quiero explicarle que ya no soy una detective privada. Sin embargo, no tengo el corazón para hacerlo. Además, las desapariciones son mi especialidad, así que agarro su trago y lo hago desaparecer en mi garganta.

—Salud —dice.

No le contesto y, simplemente, me voy del lugar. Él ha entendido que tomaré su caso y yo entendí que, en realidad, no me gusta el gin.

II

No puedo llegar y entrar al edificio de la mujer desaparecida. Tengo tres razones para ello: la primera es que pueden estar vigilándolo, la segunda es que sería revelar mi rostro a los conserjes que podrían estar involucrados en la desaparición, y la tercera (y única verdadera) es que sería aburrido.

Me trepo siguiendo las cornisas de los edificios cercanos. Doy gracias por la sequía. Trepar sobre edificios húmedos es complejo. Uso mi glamur para que ningún ojo vigilante se fije en mí.

Mi padre y yo solíamos saltar los techos de la ciudad. Me enseñó a hacerlo con cuidado, elegir cornisas, panderetas y ventanas. *Parkour*, danza y glamur. Fue duro. Me quebré la clavícula una vez. Él lo atribuyó a mi torpeza; yo, a mi pata de bronce. Entonces me retó. No soportaba mi autocompasión. Debía ser fuerte. Entre los troles no hay diferencia de género. Todos somos grandes, feos y duros de cabeza.

Ha habido más desapariciones en la ciudad. No se lo quise decir a mi cliente; no es necesario aumentar su angustia. Sin duda, algo está ocurriendo, pero quería pensar que no tenía nada que ver con nosotros.

Las ventanas del departamento están abiertas. No me gusta eso. A muchos de nosotros nos gusta entrar por ellas y hacer una que otra maldad. La pequeña sala está adornada por unos pocos muebles. Una reproducción de *Las Meninas* de Velázquez adorna la muralla oriente, una foto familiar hace lo propio con la que apunta al norte. Puedo ver una hermana, una madre, un padre. No hay niños.

La habitación está ordenada, la cama está hecha y no siento calor ni trazas psicobiológicas sobre el edredón. No ha sido ocupada en días, probablemente desde que el vetusto cantinero notó la ausencia de su novia.

Un sonido ronco recorre las cañerías, seguido por un alarido más agudo. El edificio no es tan viejo como para sostener este tipo de conversaciones. Sigo el ruido, pero sin usar ninguno de los trucos de mi viejo, sólo mis oídos. Me llevan al vecino. No puedo llegar y derribar la pared para ver que hay del otro lado. O sea, sí puedo, pero no sería muy educado.

Regreso mejor a revisar el departamento. Nada en el baño, nada en el único armario. Entre los libros no veo ningún tomo interesante ni grimorio oculto. Me da la impresión de que era una mujer sin secretos, incluso encuentro una foto de ella con el viejo gruñón comiendo algodón dulce en la Quinta Normal. No puedo evitar la carcajada, pero pronto mi risa se ahoga por el retorno del ruido.

Las cadenas que me dio el Dagda se agitan. Es signo de peligro. Ellas no suelen buscar la violencia, pero me avisan cuando está cerca. Indican al vecino, nuevamente. ¿Destruir la pared o no? Esa es la eterna pregunta de mi vida. Respiro profundo y me recuerdo que no estoy en

misión oficial así que los gastos corren por mi cuenta y ya soy lo suficientemente pobre.

Salgo del departamento. El pasillo está helado y un neón antipático pestañea en un inusual paroxismo. Toco el timbre, nadie abre, toco otra vez. Nada. Me controlo para no patear la puerta. Las cadenas se agitan. Alguien viene a la puerta.

A pesar de que sólo asoma la cabeza y algo de su cuerpo, puedo ver que es un hombre de unos treinta años, de aspecto desaliñado. Su cabello parece sucio y pegoteado, su rostro está brillante por la falta de sueño.

—Inspección de cañerías —digo.

Le he mostrado una credencial, pero apenas logra enfocar la vista. Lo que es una pena, pues es realmente una licencia de fontanero que saqué en caso de necesitar un nuevo empleo.

—¿A esta hora? —pregunta haciendo uso de algo de razón.

—Lo arruinaste todo —le digo al momento en que pateo la puerta.

No tiene la fuerza para resistir mi golpe y cae de espaldas. No sangra, no se ha golpeado fuerte. Sin embargo, no puede levantarse. El ruido de las cañerías suena otra vez. El tipo se tapa los oídos; por alguna razón, lo afecta.

—Vienen —dice—. El ruido atrae a las bestias.

Repito su frase hasta que sus oídos comienzan a sangrar y el sonido se detiene.

—¿Qué le hiciste a tu vecina, loquito? —le pregunto.

No me responde; le insisto. Le doy una suave patada en el trasero para obligarlo a enfocarse. Sólo entonces me mira. Las cadenas se agitan, pero no por aquel debilucho mortal. Muy tarde me doy cuenta de que hay algo tras de mí.

Siento un golpe fuerte en la espalda. De haber sido un humano normal, hubiese destrozado mis riñones. Aun así duele.

Las cadenas me blindan ante otro ataque. No logro entender quién o qué me está atacando, pero tampoco me voy a detener a preguntarle. El ruido de la cañería se hace más agudo. El flacucho grita acompañando la sinfonía.

Puede ser mi imaginación, pero veo algo parecido a pasto creciendo de los brazos del hombre y una delgada ramita saliendo de su oreja. Al cabo de unos segundos, el pobre está floreciendo.

Intento ayudarlo, pero una gran mano me toma por el brazo y clava sus garras en mi carne. Las cadenas no bastan, no conocen este tipo de agresión. Golpeo donde adivino está su cabeza. Se detiene unos segundos. Es muy fuerte; no cualquiera aguanta mi puño. Sin hablar de más, puedo decir que he noqueado gárgolas con un buen gancho.

La pausa me deja ver a la criatura. El rostro es canino y su cuerpo está poblado por un hirsuto pelo blanco. Si no supiera que es imposible, diría que combato contra un hombre lobo. Pero sé que no existen, al menos no como en las leyendas.

La criatura va en mi contra sin razón alguna, pero las cadenas ya han aprendido sus movimientos. Uso el bastón y le doy un golpe en la boca del estómago. Casi puedo escuchar cómo se le sale el aire.

Por mucho poder y frenesí que posea esta criatura, no es una guerrera, es más bien una bestia asustada. El ruido de las cañerías retorna a la escena. La bestia también se lleva las manos a los oídos.

Está sufriendo. Me mira con ojos suplicantes, pidiendo que detenga el dolor.

—¿Qué eres?

—Soy una mujer.

La voz es quebrada, pero humana. Mando las cadenas a romper el techo. Arrasan con el cielo falso, hasta llegar a las cañerías. El agua comienza a caer sobre la sala. Esto le saldrá caro al flaquito, pero no hay otra manera. No es

agua lo único que cae: también identifico un cristal o piedra de alguna especie. No logro ver bien, pero me doy cuenta de que es un corindón. Su brillo es vítreo y transparente. Sus colores no se definen bajo la poca luz que tengo: a momentos parece violeta, verde o amarillo.

El monstruo ha retrocedido y está en posición fetal en una esquina. Para cuando enciendo la luz, ya no hay una criatura frente a mí, sino una mujer desnuda. La reconozco: es Marianela. La cubro con la única frazada que encuentro en la habitación de su vecino.

Intento tomar la piedra en cuestión, pero quema mis manos. Está rodeada por alguna clase de glamur, pero ninguno que haya sentido antes.

Sospecho que es así como este pequeño favor se transforma en un asunto oficial.

III

El escuadrón de limpieza llega exactamente diez minutos después de que los llamé. Quisiera que hubiesen tardado un poco más, por mi salud mental, pero son extraordinariamente puntuales.

En unos segundos ambos departamentos son registrados por una media docena de Wendys y Peters. Aíslan el cristal y hacen una medición de glamur. Si hubiese una fuga de magia salvaje en el área habría que clausurar el edificio completo, pero no es el caso, pues, salvo la roca en cuestión y, claro, yo misma, no parece haber otra fuente de poder.

Si tenía alguna esperanza de dormir en mi cama esta noche, esta se esfuma con la orden que llega por la radio de uno de los agentes: *tráiganla a la agencia*. Como si fuese una cosa. Lo peor es que reconozco esa voz: es mi compañero.